

HOMBRE MODERNO, VERDAD Y MUERTE

Victoria Eugenia Díaz
Psicóloga. Estudiante de
Maestría en Ciencias
Sociales: Psicoanálisis,
cultura y vínculo social.
Docente Universidad de
Antioquia.

I. Dios padre, garantía de verdad.

La pregunta por el padre, asunto fundamental para Freud, es respondida por éste en diversos artículos que dan cuenta de la relación ambivalente de cada sujeto con la figura paterna. Se encuentra así el padre representado en diversas formas y estudiado gracias a personajes bíblicos, pintores célebres o mediocres, autores literarios, además del recurso al mito y a la antropología.

Moisés, Leonardo de Vinci, C. Haitzmann, Dostoievsky, el totemismo, sirven a Freud para responder a esta pregunta por el padre. Una de las vertientes de esta respuesta se encuentra en el texto de 1927, "El Porvenir de una Ilusión". Allí aparece el hombre sujeto a las fuerzas de la naturaleza y las instituciones culturales, que lo amenazan y lo coartan. Se inventa entonces los dioses que servirán para espantar los terrores de la naturaleza, protegerlo contra la crueldad del destino que irreparablemente lleva a la muerte y compensarle los límites que le impone la cultura. Se logra así una vida gobernada por un ser superior que elimina los terrores pues es garante de protección, -respondiendo a la añoranza del padre- y de inmortalidad al prometer la vida ultraterrena. Freud, hombre racionalista, desentraña la naturaleza psíquica de las ideas religiosas poniéndolas al nivel de las ilusiones:

"(...) tales ideas, que nos son presentadas como dogmas, no son precipitados de la experiencia, ni conclusiones del pensamiento: son ilusiones, realizaciones de los deseos más antiguos, intensos y apremiantes de la Humanidad. El secreto de su fuerza está en la fuerza de estos deseos." (1)

La fuerza de la sensación de indefensión y la añoranza del padre protector de la infancia, crea al Padre inmortal y poderoso que mitiga el miedo ante los peligros de la vida, asegura el triunfo de la justicia y promete una vida futura inmortal.



Ya en el artículo de Freud, se nos evidencia el tema propuesto para el segundo momento. Adelantémonos un poco: plantea el autor cómo la religión, en la civilización europea cristiana de su época, ya no ejerce la misma influencia que antes. Esto lo explica por el fortalecimiento del espíritu científico además de otras causas pensables únicamente en la época del predominio de la razón y del cuestionamiento posible de Dios. Ante esto, aparece su opositor imaginario quien plantea:

“Aunque supiésemos y pudiésemos demostrar que la religión no posee la verdad, deberíamos silenciarlo...Lo contrario, además de ser harto peligroso, constituye una inútil crueldad. Hay infinitos hombres que hallan en las doctrinas religiosas su único consuelo y sólo con su ayuda pueden soportar la vida...”(2)

Tenemos entonces, en la idea religiosa, un Padre omnipotente, garante de resolución de todas las vicisitudes de la existencia, poseedor de una verdad que revela y que es común para todas las criaturas humanas. Tenemos en Dios, un nombre del Padre que cierra las preguntas, que tiene la facultad de disminuir la angustia frente a la vida y que derriba el terror frente a la muerte, pues más allá continuará la vida ultraterrena, la felicidad absoluta.

Pero llega una época en que Dios es cuestionado y sus garantías interrogadas. En esta Edad Moderna es posible que surja un pensador como Freud quien, junto a muchos otros pensadores de la época, devuelven al hombre la responsabilidad por su destino:

Desde luego, su situación será más difícil. Tendrá que reconocer su impotencia y su infinita pequeñez y no podrá considerarse ya como el centro de la creación, ni creerse amorosamente guardado por una providencia bondadosa. Se hallará como el niño que ha abandonado el hogar paterno, en el cual se sentía seguro y dichoso. Pero, ¿no es también cierto que el infantilismo ha de ser vencido y superado? (3)

Y culmina con una propuesta ética de hacerse cargo de la propia vida, asumiendo lo perecedero de ésta:



“Y por lo que respecta a lo inevitable, al destino inexorable contra el cual nada puede ayudarle, aprenderá a aceptarlo y soportarlo sin rebeldía. ¿De qué puede servirle el espejismo de vastas propiedades en la Luna cuyas rentas nadie ha recibido jamás? (...) Retirando sus esperanzas del más allá y concentrando en la vida terrena todas las energías así liberadas, conseguirá probablemente que la vida se haga más llevadera a todos y que la civilización no abrume ya a ninguno.” (4)

Con estas palabras de Freud se evidencia la propuesta de la Modernidad, donde la fractura de la imagen del Padre como verdad absoluta, impone al hombre una relación nueva y abrumadora con su vida y con su muerte.

II. La paradoja del hombre moderno

Los cuestionamientos de Freud, decíamos, son posibles únicamente en una época que ha hecho un quiebre en sus formas de ver el mundo, en su fe en el Dios absoluto. Y este salto, esta ruptura se dio a partir del siglo XVII en la época que ha sido denominada "La Modernidad". ¿Pero qué características tiene esta época que ha permitido interrogar al Padre protector?

Miremos brevemente qué se entiende por modernidad:

1. Un período histórico y económico, que instauro un nuevo modo de producción que genera una forma inédita de economía basada en la apropiación y acumulación de capital.
2. Un proyecto filosófico basado en los presupuestos ideológicos burgueses, opuesto a la ideología mítica - religiosa dominante en el mundo premoderno, y que se apoya en una racionalidad científica y filosófica, propia del paradigma Newton - Descartes.



3. Una propuesta ético - política, derivada de los ideales de la ilustración burguesa, que trata de potencializar el ejercicio de autocomprensión y el autorreconocimiento con el fin de ejercer prácticas de libertad. (5)

Estas tres vertientes de entendimiento de la modernidad ubican al hombre en una posición diferente con respecto a Dios, al mundo y a sí mismo. El proyecto ético, del cual vale destacar el develamiento de lo ilusorio y la autocomprensión, genera un ejercicio autorreflexivo que hace que el sujeto se cuestione acerca de su existencia. Ya Dios no brinda todas las respuestas sobre el ser, lo que implica buscarlas dentro de sí, en el orden social o en la naturaleza, en pro de un dominio propio y una práctica de la libertad. Esta falta de garantías externas acerca de la verdad es la base para que los ilustrados planteen a los hombres la tarea de hallar su propia verdad por medio de la razón.

Bajo esta perspectiva inscribe Freud el psicoanálisis, planteando un nuevo aporte que no se había considerado. Evidencia que hay un sujeto distinto al de la conciencia, determinado por el deseo como aquel movimiento del psiquismo humano que trata de restablecer la primera experiencia de satisfacción que se añora. El planteamiento racionalista moderno de autocomprensión ha desconocido el inconsciente y con él, los elementos más singulares y ocultos del hombre. A partir de aquí el psicoanálisis amplía el campo del proyecto de la modernidad ya que apunta hacia la autocomprensión de la subjetividad teniendo en cuenta el deseo inconsciente.

Pero no todos los autores toman en cuenta este aporte del psicoanálisis y plantean desde sus propias teorías la reflexión sobre el sujeto. M. Foucault, por ejemplo, en el texto "Qué es la Ilustración", propone tres ejes a considerar: Saber - Poder - Ética (Hacer). La pregunta por el saber remite a la pregunta por el poder y estas plantean la responsabilidad del sujeto frente a su quehacer. Para Foucault, a diferencia de la propuesta freudiana, no hay que buscar un saber oculto, pero hay que saber lo que se es para poder construirse. El sujeto necesita saber acerca de su propio ser para llegar a un estilo de vida coherente con sus posibilidades. Así, es el sujeto mismo, y ya no Dios, quien decide sobre su destino.

Este texto de Foucault se construye a partir de la respuesta que Kant en 1784 dio a la misma pregunta por la Ilustración; de ésta afirma:

“La Ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía del otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro. ¡Sapere Aude! Ten el valor de servirte de tu propia razón: he aquí el lema de la ilustración.” (6)

Esta cita de Kant, que manifiesta el lema de la ilustración, evidencia en su interior la paradoja del hombre moderno. El proyecto ético de la modernidad ha generado una fractura en el nombre de Dios Padre omnipotente y le ha entregado al hombre toda la responsabilidad de su existencia, de su verdad y de su muerte. Se ha quedado solo, enfrentado a los grandes pavores y despojado de una verdad externa, de una promesa de inmortalidad.

La paradoja está entonces en que mientras la propuesta ética de la época se dirige en una vía, la gran colectividad va en la contraria: quiere entregar de nuevo su saber, quiere contar de nuevo con un amo protector que le obture las preguntas que aterran o incomodan.

Es lo que Dostoievsky advierte en el "Discurso del Gran Inquisidor":

“(…) y los hombres se han alegrado mucho al verse conducidos de nuevo como un rebaño y al notar que habían levantado de su corazón aquella terrible y pesada piedra de la libertad que tantos sufrimientos les había ocasionado (……) Nos harán entrega de los más terribles secretos de su corazón, de todo cuanto atormenta a sus conciencias y nosotros resolveremos sus inquietudes y tendrán plena confianza en nuestras decisiones porque les ahorraremos la preocupación y el tormento que trae consigo toda decisión libremente tomada por uno mismo.” (7)

Así, hay una reacción contra la propuesta de la Ilustración. El hombre moderno, ante la enorme responsabilidad que se le entregó, devuelve este legado y lo pone, ya no en un solo



dios, sino en múltiples lugares que vuelvan a sostenerle externamente la verdad y a proveerlo de una guía segura. Y allí, en esa reacción contra la soledad y la falta de garantías frente a la muerte, la ciencia adquiere fuerza como nuevo amo. La ciencia y apoyada en ella la medicina, se convierten en lugares seguros que le permiten al hombre no tener que confrontarse con aquellas preguntas que aterran y le permiten soñar un poco más con la inmortalidad.

III. La muerte "moderna"

En "La muerte de Iván Ilich", León Tolstoi nos presenta un personaje sumido en una historia que podría considerarse paradigma de la situación que vive un paciente confrontado a una enfermedad terminal en esta Edad Moderna. Lo que veremos que no es tan paradigmático es la actitud de búsqueda de la verdad que asume este hombre frente a su muerte.

Iván Ilich vive una vida cómodamente establecida en la forma que él ha elegido: fácil, agradable y decorosa. Un día, a partir de un golpe que le servirá para explicarse a sí mismo el origen de la enfermedad, comienza su deterioro físico. Acude a una serie de médicos buscando curación y recibe respuestas sobre su organismo que no le permiten elaborar su situación de enfermedad porque en ellas, él como sujeto, está excluido. Busca en cada médico una respuesta frente a algo que se le impone y no recibe una verdad sobre su enfermedad. Sin embargo, sosteniendo la negación que todos hacen de la gravedad de su situación, toma juiciosamente las prescripciones médicas hasta el final.

El deterioro de Iván Ilich continúa, y con él la mentira que lo rodea: nadie, ni su familia, ni los médicos, le dicen la verdad de su situación lo que lo sume en una sensación de intensa soledad y engaño:

“ El suplicio de Iván Ilich era la mentira: la mentira, por todos admitida de que estaba simplemente enfermo, pero que no se moría, y de que lo único que necesitaba era permanecer tranquilo y tomar los medicamentos y así todo iría bien (...) Le atormentaba esta mentira, le atormentaba el hecho de

que no quisieran reconocer lo que todos sabían y sabía él mismo, sino que quisieran mentirle acerca de su espantosa situación obligándole a tomar él mismo, parte en la mentira (...)" (8)

Pero Iván Ilich sabe que va a morir. Siente lo real del organismo que se deteriora y vislumbra en la mentira que lo rodea, la evidencia de esta inminencia. Se sitúa, sin embargo, en la ambivalencia de un hombre frente a su propia muerte: sabe que va a morir pero no lo comprende pues, siguiendo a Freud, no hay en el inconsciente representación para la propia muerte. Esto se explica claramente en el texto:

"Iván Ilich veía que estaba muriendo y se encontraba sumido en constante desesperación. En el fondo de su alma lo sabía, pero no sólo no se había habituado a la idea sino que, simplemente, no lo comprendía, le era imposible comprenderlo. El ejemplo de silogismo que había estudiado en la lógica de Kizeverter: "Cayo es hombre, los hombres son mortales, luego Cayo es mortal", le pareció toda su vida correcto con relación a Cayo, pero no en relación a sí mismo..." (9)

En esta obra de Tolstoi, encontramos dos vertientes para pensar la modernidad:

En esta época, sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX según Philippe Aries, el sujeto es despojado de la verdad sobre su enfermedad y sobre su muerte. Son la familia y los médicos quienes tienen la verdad y no se la devuelven al enfermo en un intento por "protegerlo", aunque éste la pida a gritos. La muerte en esta época se vuelve algo contra lo cual hay que luchar y en el terrible caso de que ocurra, hay que ocultarlo.

Así, el sentimiento anterior en la historia, de una familiaridad con la muerte *"sin miedo ni desconsuelo, a mitad de camino entre la resignación pasiva y la confianza mística"* (10) se cambia por un angustiado rechazo de la finitud humana.

Y es precisamente este punto de lo finito, lo que explica este cambio de actitud frente a la muerte. Porque en épocas anteriores a la modernidad, ya lo hemos dicho, había garantías después de la muerte. El Dios Padre prometía a sus hijos una vida ultraterrena que negaba

la mortalidad. Las personas recibían la muerte posiblemente tristes pero sin miedo, pues era un paso más, pero no el último.

Con el deterioro de la figura de Dios, la muerte aparece realmente como el fin definitivo y ni aún los declarados creyentes la reciben sin temor porque ya la promesa de inmortalidad no es absoluta. Se abre lugar para la duda y con ella, para el temor.

Entonces, como dice P. Aries, la verdad empieza a ser un problema pues ya no hay garantías externas para enfrentarla. Pero, como lo muestra Iván Ilich, también la mentira se vuelve un motivo de padecimiento, esa mentira que sin embargo es preferida por la mayor parte de los hombres de la modernidad. Y aquí encontramos la segunda vertiente que nos abre Iván Ilich: La verdad de la enfermedad y de la muerte son un problema para el hombre moderno pero no para este personaje. Para él, el problema, la tortura, es la mentira que lo rodea.

Iván Ilich representa una actitud que no es el paradigma de la relación del hombre moderno con respecto a la verdad. Él quiere saberla y reclama que se le entregue lo que le corresponde para hacerse cargo de ella en la forma en que le sea posible. Pero contrario a este personaje y su búsqueda de la verdad, el hombre moderno no quiere saber nada de ella. Al verse confrontado con la enfermedad y la muerte, frente a las cuales ya Dios no responde, no se las ha apropiado como hubiera querido la Ilustración, sino que prefiere entregarlas. Creó y encontró nuevos Padres a quienes someterse. Así, estas verdades son de nuevo rechazadas y se las otorga a la ciencia, a la medicina o al inconsciente con la ilusión de seguir creyendo en la anhelada inmortalidad. Es este el paciente que aunque escuche la verdad sobre su enfermedad y su muerte, no quiere saber nada de ella y la envía al sector de lo incomprensible de lo cual, nuevamente, no se hace responsable.

En este caso, el médico que se crea poseedor de la verdad del enfermo con base en el discurso científico, continuará la negación de la muerte facilitándole el no hacerse responsable de su propio destino. Es éste quien no dice a sus pacientes la verdad sobre sus diagnósticos y pronósticos; y, cual padre protector, los exime del horror de la muerte con el

silencio y con la ciencia. Es éste quien, finalmente, se hace cargo de sus muertes con su propia angustia y los síntomas en su vida personal.

En la práctica médico-asistencial, intuye el hombre moderno la posibilidad de volver al momento de Dios como garantía de verdad, renovándose así la búsqueda de ésta en lugares externos. Sin embargo, en el médico no encuentra el hombre la garantía que hallaba en el Dios absoluto. El médico, apoyado a partir de la modernidad en la ciencia y ya no en Dios, no toma en cuenta al sujeto que le demanda, sino que responde con un efectivo hacer que excluye la pregunta del paciente. Así, el discurso médico ofrece una verdad objetiva pero deja por fuera la verdad del sujeto, la cual seguirá siendo eludida. La pregunta por la verdad se presenta entonces como asunto fundamental en la historia del sujeto. Esa verdad siempre difícil de soportar como tal y que hace que el hombre jamás ceje en su empeño por tratar de evitarla.

Notas

¹ FREUD, Sigmund. "El porvenir de una ilusión". *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1984. T. III. p. 2976

² *Ibíd.* p. 2980

³ *Ibíd.* p. 2988

⁴ *Ibíd.* p. 2988

⁵ ARROYAVE, Orlando. *Modernidad y psicoanálisis*. Ponencia presentada la Universidad de Antioquia, 1997. p. 2

⁶ KANT, Emmanuel. "Qué es la Ilustración". *En: Suplemento Dominical El Colombiano*. Febrero 27 de 1994. p. 15

⁷ DOSTOIEVSKI, Fedor. *Los hermanos Karamazov*. Barcelona: Bruguera, 1966. p. 208, 210

⁸ TOLSTOI, León. *La muerte de Iván Ilich*. Navarra: Salvat, 1969. p.61

⁹ *Ibíd.* p. 55

¹⁰ ARIES, Philippe. *La muerte en Occidente*. Barcelona: Argos Vergara, 1977. p.55



Bibliografía

- ARIES, Philippe. *La muerte en Occidente*. Barcelona: Argos Vergara, 1977
- ARROYAVE, Orlando. *Modernidad y psicoanálisis*. Ponencia presentada en la Universidad de Antioquia, 1997
- DOSTOIEVSKI, Fedor. *Los hermanos Karamazov*. Barcelona: Bruguera, 1966.
- FOUCAULT, Michel. "¿Qué es la Ilustración"? En: *Revista Universidad del Tolima*. N. 17 Oct- Nov 1993
- FREUD, Sigmund. "El Porvenir de una ilusión". *Obras Completas*. T. III Madrid: Biblioteca Nueva, 1984.
- KANT, Emmanuel. "¿Qué es la Ilustración"? En: *Suplemento Dominical El Colombiano*. Febrero 27 de 1994
- NIETZSCHE, Friedrich. "Sobre verdad y mentira en sentido extramoral". En: *Sobre verdad y mentira*. Madrid: Tecnos, 1996
- TOLSTOI, León. *La muerte de Iván Ilich*. Navarra: Salvat, 1969

